

Para una sociedad realmente avanzada

Towards a truly developed society

María Teresa Fernández de la Vega

Vicepresidenta Primera, Ministra de la Presidencia y Portavoz del Gobierno de España



No cabe duda de que la televisión es, no sólo el medio de comunicación más potente, sino además, y por esa misma condición, uno de los grandes temas de nuestro tiempo. Son muchas las disciplinas, desde la filosofía a la antropología, desde la politología a las bellas artes, que se interesan por la televisión en las múltiples perspectivas y ángulos que ésta ofrece a la observación y el análisis.

También en nuestro país la televisión es una fuente inagotable de debate, aunque, ciertamente, en los últimos años, y muy especialmente en los últimos meses, la discusión ha pertenecido más al mundo de los político y lo empresarial que al ámbito académico. No podía ser de otra manera en un momento de transición tecnológica y de definición legal como el que vivimos en España. Los operadores, el sector, los canales, las licencias y las audiencias, son suficientemente importantes como para acaparar el debate sobre la televisión. Pero debe haber además un espacio para el pensamiento, para la valoración crítica e intelectualmente independiente de su carácter como medio de comunicación y de sus efectos en la sociedad. Un espacio para reflexionar sobre lo que la televisión puede, y debe, hacer por nosotros.

Enhorabuena, pues, para los organizadores del Congreso Hispanoluso que da origen a estas páginas, porque ha proporcionado ese espacio y esa reflexión, en otro plano, tan necesarios para todos nosotros. Sin duda sus aportaciones contribuirán a enriquecer intelectual y científicamente un ámbito tan marcado por la perspectiva industrial y empresarial.

¿Cómo puede servir la televisión a la sociedad? Ante todo con la calidad. Calidad en una información independiente, veraz y abierta a todos los sectores, sensibilidades y colectivos sociales. Calidad en una apuesta por la educación, por la divulgación y el conocimiento y contra la incultura y la marginación. Calidad en una oferta de entretenimiento que nos haga sentir y nos haga disfrutar sin recurrir a espectáculos indignos. Calidad en la introducción de las nuevas tecnologías y en el apoyo a la creación de buenos productos audiovisuales.

En su inquietante ensayo «Homo videns», Giovanni Sartori afirma que «mientras la realidad se complica (...) las mentes se simplifican y nosotros estamos cuidando a un video-niño que no crece...». Pues bien, estamos obligados a quitarle la razón al profesor Sartori. No podemos permitir que el «homo videns» suplante al «homo sapiens». Quiero entender su mensaje como una lúcida advertencia, como un aviso para navegantes. Porque es verdad que «se puede estar informadísimo de muchas cuestiones, y a pesar de ello no comprenderlas», porque a veces no se compite elevando el listón, sino bajándolo, como nuestro autor apunta, pero también es cierto que lo sabemos, que somos conscientes de ese enorme riesgo, y así estamos empezando a ponerle remedio.

Prólogo

Para ello debemos reflexionar y trabajar desde el propio medio, desde la cultura audiovisual. Los avances tecnológicos han cambiado el panorama social y cultural de nuestra cotidianidad. Han modificado usos y costumbres, y lo seguirán haciendo día a día, a veces de manera imperceptible. No podemos pedir a las nuevas generaciones que sigan utilizando las mismas pautas de estudio, de acceso al conocimiento, que fueron de utilidad para nosotros. Estamos, por el contrario, obligados a encontrar la mejor manera de aplicar estos avances y ponerlos al servicio de nuestra sociedad.

La comunidad científica y educativa tiene ante sí un gran reto, encontrar esas fórmulas de acercamiento, de encuentro entre la transmisión del saber, las últimas tecnologías y las demandas de futuro. Los principios de entretenimiento y placer, o de diversión, que son los que sin duda mueven el grueso de la industria audiovisual y televisiva, no tienen por qué estar reñidos con los principios éticos y culturales. Muy al contrario, deben convivir y conseguir un equilibrio en la oferta a la audiencia. Y la audiencia tiene que encontrar en la televisión un medio útil no sólo para el disfrute, sino también para acceder al conocimiento.

El primer paso en esa dirección es indudablemente la calidad. Pocos géneros hay que no puedan ser tratados con esmero técnico, con dignidad ética y estética y, en definitiva, con inteligencia. Y ya dijo Unamuno que «la inteligencia es lo más revolucionario que hay». Porque un trabajo bien hecho, un producto de calidad, cambia, mueve siempre a la audiencia, la enriquece, contribuye a elevar su nivel de exigencia. La calidad es la única manera conocida de evitar el deslizamiento hacia la «basura mediática» sobre el que nos alerta el profesor Sartori.

Este es sin duda uno de los grandes desafíos de la comunidad educativa, y la elaboración de productos audiovisuales que lleven el conocimiento de manera amena y con las herramientas tecnológicas que son de utilización habitual en nuestra sociedad debería ser uno de los grandes objetivos de futuro tanto para los educadores e investigadores como para la industria mediática, que ha de apostar decididamente por estos nuevos proyectos. Especialmente ante la revolución digital que se perfila en el horizonte.

Desde el gobierno también tenemos nuestro reto, hay que establecer las bases, las vías, para que el gran soporte de transmisión llamado televisión sea una herramienta adecuada para esos fines.

Y en ello estamos trabajando desde el comienzo de la legislatura. Por un lado para desarrollar un modelo de televisión pública independiente, de calidad y viable. En definitiva, una televisión realmente al servicio de los ciudadanos. Y por otro lado, para clarificar y ordenar un sector audiovisual capaz de afrontar con éxito la revolución tecnológica del paso a lo digital y generar esa televisión de calidad que reclama una sociedad democrática avanzada.



Animo, por tanto, a los organizadores de este Congreso a seguir, como lo están, empeñados en vincular la comunicación con la educación y decididos a promover la discusión, y por tanto el progreso intelectual y científico en torno a estos asuntos. Nuestra sociedad no puede permitirse descuidarlos, porque están en la base y constituyen una de las claves de nuestro desarrollo como personas y como comunidad mundial. Necesitamos una televisión de calidad para ser más cultos, más críticos y, por tanto, más libres. Todas las aportaciones en esa línea son valiosas, y para mí es un honor poder introducir las que a continuación se recogen.

